



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 29 – 17 de julio de 2015

En este número

1. **Error del Papa Francisco**, *Álvaro Hernán*
2. **Tres lugares comunes de las leyendas negras**, *Antonio Caponnetto*
3. **El Papa por Suramérica**, *Alberto Buela*
4. **Y aztecas e incas ¿cuándo van a pedir perdón?**. *Luis Antequera*
5. **El Papa Francisco y la beatificación de Stalin**, *Francisco José Soler Gil*

Error del Papa Francisco

Álvaro Hernán

Creemos que el Papa Francisco se ha equivocado en las declaraciones hechas el pasado 9 de julio en Bolivia. Pensamos que, además de equivocarse, ha sido injusto y sus palabras no han respondido a la Verdad.

Históricamente no hay motivo para manifestar que «la Iglesia tiene que pedir humildemente perdón por los crímenes contra los pueblos originarios durante la llamada Conquista de América».

Como dice Antonio Caponnetto, con sus palabras en la ciudad boliviana de Santa Cruz ante los asistentes al encuentro con los movimientos populares de todo el mundo, «ofende a la Verdad Histórica, a la Madre España y, sobre todo, a la Iglesia Católica [...] son palabras inadmisibles, cargadas de injusticias, de calumnias [...] que alimentarán todo el inmenso aparato mundial del indigenismo marxista, y que se sumarán al proceso de deshispanización y de desarraigo espiritual lanzado contra América Hispana. El daño que ya están provocando es incalculable». «Son muchos los historiadores y pensadores de nota que pueden desmentir fácilmente la temeraria afirmación de Francisco, pues la misma no resiste la confrontación con las investigaciones solventes y eruditas».

Incluimos a continuación un trabajo del propio Antonio Caponnetto, «publicado hace ya largo tiempo, que contiene una síntesis de criterios y de datos que contradicen el sofisma de Francisco», así como otro del filósofo argentino Alberto Buela y un tercero de Francisco José Soler Gil, relacionados con el tema.

Tres lugares comunes de las leyendas negras

Antonio Caponnetto

Doctor en Filosofía, Profesor en Historia, Director de la Revista *Cabildo*. Buenos Aires

Introducción

La conmemoración del Quinto Centenario ha vuelto a reavivar, como era previsible, el empedinado odio anticatólico y antihispanista de vieja y conocida data. Y tanto odio alimenta la injuria, ciega a la justicia y obnubila el orden de la razón, según bien lo explicara Santo Tomás en olvidada enseñanza. De resultas, la verdad queda adulterada y oculta, y se expanden con fuerza el resentimiento y la mentira. No es sólo, pues, una insuficiencia histórica o científica la que explica la cantidad de imposturas lanzadas al ruedo. Es un *odium fidei* alimentado en el rencor ideológico. Un desamor fatal contra todo lo que lleve el signo de la Cruz y de la Espada.

Bastaría aceptar y comprender este oculto móvil para desechar, sin más, las falacias que se propagan nuevamente, aquí y allá. Pero un poder inmenso e interesado les ha dado difusión y cabida, y hoy se presentan como argumentos serios de corte académico. No hay nada de eso. Y a poco que se analizan los lugares comunes más repetidos contra la acción de España en América, quedan a la vista su inconsistencia y su debilidad. Veámoslo brevemente en las tres imputaciones infaltables enrostradas por las izquierdas.

El despojo de la tierra

Se dice en primer lugar, que España se apropió de las tierras indígenas en un acto típico de rapacidad imperialista.

Llama la atención que, contraviniendo las tesis leninistas, se haga surgir al Imperialismo a fines del siglo xv. Y sorprende asimismo el celo manifestado en la defensa de la propiedad privada

individual. Pero el marxismo nos tiene acostumbrados a estas contradicciones y sobre todo, a su apelación a la conciencia cristiana para obtener solidaridades. Porque, en efecto, sin la apelación a la conciencia cristiana –que entiende la propiedad privada como un derecho inherente de las criaturas, y sólo ante el cual el presunto despojo sería reprobable– ¿a qué viene tanto afán privatista y posesionista? No hay respuesta.

La verdad es que antes de la llegada de los españoles, los indios concretos y singulares no eran dueños de ninguna



Estos chicos bolivarianos están hechos para la provocación. El Papa para pedir perdón.

tierra, sino empleados gratuitos y castigados de un Estado idolatrado y de unos caciques despóticos tenidos por divinidades supremas. Carentes de cualquier legislación que regulase sus derechos laborales, el abuso y la explotación eran la norma, y el saqueo y el despojo las prácticas habituales. Impuestos, cargas, retribuciones forzadas, exacciones virulentas y pesados tributos, fueron moneda corriente en las relaciones indígenas previas a la llegada de los españoles. El más fuerte sometía al más débil y lo atenazaba con escarmientos y represalias. Ni los más indigentes quedaban exceptuados, y solían llevar como estigmas de su triste condición, mutilaciones evidentes y distintivos oprobiosos. Una «justicia» claramente discriminatoria, distinguía entre pudientes y esclavos en desmedro de los últimos y no son éstos, datos entresacados de las crónicas hispanas, sino de las protestas del mismo Carlos Marx

en sus estudios sobre «Formaciones Económicas Precapitalistas y Acumulación Originaria del Capital». Y de comentaristas insospechados de hispanofilia como Eric Hobsbawn, Roberto Oliveros Maqueo o Pierre Chaunu.

La verdad es también, que los principales dueños de la tierra que encontraron los españoles – mayas, incas y aztecas– lo eran a expensas de otros dueños a quienes habían invadido y desplazado. Y que fue ésta la razón por la que una parte considerable de tribus aborígenes – carios, tlaxaltecas, cempoaltecas, zapotecas, otomíes, cañarís, huancas, etcétera– se aliaron naturalmente con los conquistadores, procurando su protección y el consecuente resarcimiento. Y la verdad, al fin, es que sólo a partir de la Conquista, los indios conocieron el sentido personal de la propiedad privada y la defensa jurídica de sus obligaciones y derechos.

Es España la que se plantea la cuestión de los justos títulos, con autoexigencias tan sólidas que ponen en tela de juicio la misma autoridad del Monarca y del Pontífice. Es España –con ese maestro admirable del Derecho de Gentes que se llamó Francisco de Vitoria– la que funda la posesión territorial en las más altas razones de bien común y de concordia social, la que insiste una y otra vez en la protección que se le debe a los nativos en tanto súbditos, la que garantiza y promueve un reparto equitativo de precios, la que atiende sobre abusos y querellas, la que no dudó en sancionar duramente a sus mismos funcionarios descarriados, y la que distinguió entre posesión como hecho y propiedad como derecho, porque sabía que era cosa muy distinta fundar una ciudad en el desierto y hacerla propia, que entrar a saco a un granero particular.



El Cristo de Evo Morales

Por eso, sólo hubo repartimientos en tierras despobladas y encomiendas «en las heredades de los indios». Porque pese a tantas fábulas indoctas, la encomienda fue la gran institución para la custodia de la propiedad y de los derechos de los nativos. Bien lo ha demostrado hace ya tiempo Silvio Zavala, en un estudio exhaustivo, que no encargó ninguna «internacional reaccionaria», sino la Fundación Judía Guggenheim, con sede en Nueva York. Y bien queda probado en infinidad de documentos que sólo son desconocidos para los artífices de las leyendas negras.

Por la encomienda, el indio poseía tierras particulares y colectivas sin que pudieran

arrebatarlas impunemente. Por la encomienda organizaba su propio gobierno local y regional, bajo un régimen de tributos que distinguía ingresos y condiciones, y que no llegaban al Rey –que renunciaba a ellos– sino a los Conquistadores. A quienes no les significó ningún enriquecimiento descontrolado y sí en cambio, bastantes dolores de cabeza, como surgen de los testimonios de Antonio de Mendoza o de Cristóbal Álvarez de Carvajal y de innumerables jueces de audiencias.

Como bien ha notado el mismo Ramón Carande en *Carlos V y sus banqueros*, era tan férrea la protección a los indios y tan grande la incertidumbre económica para los encomenderos, que América no fue una colonia de repoblación para que todos vinieran a enriquecerse fácilmente. Pues una empresa difícil y esforzada, con luces y sombras, con probos y pícaros, pero con un testimonio que hasta hoy no han podido tumbar las monsergas indigenistas: el de la gratitud de los naturales. Gratitud que quien tenga la honestidad de constatar y de seguir en sus expresiones artísticas, religiosas y culturales, no podrá dejar de reconocer objetivamente.

No es España la que despoja a los indios de sus tierras. Es España la que les inculca el derecho de propiedad, la que les restituye sus heredades asaltadas por los poderosos y sanguinarios estados tribales, la que los guarda bajo una justicia humana y divina, la que los pone en paridad de condiciones con sus propios hijos, e incluso en mejores condiciones que muchos campesinos y proletarios europeos. Y esto también ha sido reconocido por historiógrafos no hispanistas.

Es España, en definitiva, la que rehabilita la potestad India a sus dominios, y si se estudia el cómo y el cuándo esta potestad se debilita y vulnera, no se encontrará detrás a la conquista ni a la evangelización ni al descubrimiento, sino a las administraciones liberales y masónicas que traicionaron el sentido misional de aquella gesta gloriosa. No se encontrará a los Reyes Católicos, ni a Carlos V, ni a Felipe II. Ni a los conquistadores, ni a los encomenderos, ni a los adelantados, ni a los frailes. Sino a los enmandilados borbones iluministas y a sus epígonos, que vienen desarraigando a América y reduciéndola a la colonia que no fue nunca en tiempos del Imperio Hispánico.

La sed de Oro

Se dice, en segundo lugar, que la llegada y la presencia hispánica no tuvo otro fin superior al fin económico; concretamente, al propósito de quedarse con los metales preciosos americanos. Y aquí el marxismo vuelve a brindarnos otra aporía. Porque si nosotros plantamos la existencia de móviles superiores, somos acusados de angelistas, pero si ellos ven sólo ángeles caídos adoradores de Mammon se escandalizan con rubor de querubines. Si la economía determina a la historia y la lucha de clases y de intereses es su motor interno; si los hombres no son más que elaboraciones químicas transmutadas, puestos para el disfrute terreno, sin premios ni castigos ulteriores, ¿a qué viene esta nueva apelación a la filantropía y a la caridad entre naciones?

Únicamente la conciencia cristiana puede reprobar coherentemente –y reprueba– semejantes tropelías. Pero la queja no cabe en nombre del materialismo dialéctico. La admitimos con fuerza mirando el tiempo *sub specie aeternitatis*. Carece de sentido en el historicismo *sub lumine oppresiones*. Es reproche y protesta si sabemos al hombre «portador de valores eternos», como decía José Antonio, u *homo viator*, como decían los Padres. Es fría e irreprochable lógica si no cesamos de concebirlo como *homo aeconomicus*.

Pero aclaremos un poco mejor las cosas.

Digamos ante todo que no hay razón para ocultar los propósitos económicos de la conquista española. No sólo porque existieron sino porque fueron lícitos. El fin de la ganancia en una empresa en la que se ha invertido y arriesgado y trabajado incansablemente, no está reñido con la moral cristiana ni con el orden natural de las operaciones. Lo malo es, justamente, cuando apartadas del sentido cristiano, las personas y las naciones anteponen las razones financieras a cualquier otra, las exacerbaban en desmedro de los bienes honestos y proceden con métodos viles para obtener riquezas materiales.

Pero éstas son, nada menos, las enseñanzas y las prevenciones continuas de la Iglesia Católica en España. Por eso se repudiaban y se amonestaban las prácticas agiotistas y usureras, el préstamo a interés, la «cría del dinero», las ganancias malhabidas. Por eso, se instaba a compensaciones y reparaciones postreras –que tuvieron lugar en infinidad de casos–; y por eso, sobre todo, se discriminaban las actividades bursátiles y financieras como sospechosas de anticatolicismo.

No somos nosotros quienes lo notamos. Son los historiógrafos materialistas quienes han lanzado esta formidable y certera «acusación» ni España ni los países católicos fueron capaces de fomentar el capitalismo por sus prejuicios antiprotestantes y antirabínicos. La ética calvinista y judaica, en cambio, habría conducido como en tantas partes, a la prosperidad y al

desarrollo, si Austrias y Ausburgos hubiesen dejado de lado sus hábitos medievales y ultramontanos. De lo que viene a resultar una nueva contradicción. España sería muy mala porque llamándose católica buscaba el oro y la plata. Pero sería después más mala por causa de su catolicismo que la inhabilitó para volverse próspera y la condujo a una decadencia irremisible.

Tal es, en síntesis, lo que vino a decirnos Hamilton –pese a sí mismo hacia 1926, con su tesis sobre *Tesoro Americano y el florecimiento del Capitalismo*. Y después de él, corroborándolo o rectificándolo parcialmente, autores como Vilar, Simiand, Braudel, Nef, Hobsbawn, Mouesnier o el citado Carande. El oro y la plata salidos de América (nunca se dice que en pago a mercancías, productos y materiales que llegaban de la Península) no sirvieron para enriquecer a España, sino para integrar el circuito capitalista europeo, usufructuado principalmente por Gran Bretaña.

Los fabricantes de leyendas negras, que vuelven y revuelven constantemente sobre la sed de oro como fin determinante de la Conquista, deberían explicar, también, por qué España llega, permanece y se instala no solo en zonas de explotación minera, sino en territorios inhóspitos y agrestes. Porque no se abandonó rápidamente la empresa si recién en la segunda mitad del siglo XVI se descubren las minas más ricas, como las de Potosí, Zacatecas o Guanajuato. Por qué la condición de los indígenas americanos era notablemente superior a la del proletariado europeo esclavizado por el capitalismo, como lo han reconocido observadores nada hispanistas



como Humboldt o Dobb, o Chaunu, o el mercader inglés Nehry Hawks, condenado al destierro por la Inquisición en 1751 y reacio por cierto a las loas españolistas. Por qué pudo decir Bravo Duarte que toda América fue beneficiada por la Minería, y no así la Corona Española. Por qué, en síntesis –y no vemos argumento de mayor sentido común y por ende

de mayor robustez metafísica–, si sólo contaba el oro, no es únicamente un mercado negrero o una enorme plaza financiera lo que ha quedado como testimonio de la acción de España en América, sino un conglomerado de naciones ricas en Fe y en Espíritu.

El efecto contiene y muestra la causa: éste es el argumento decisivo. Por eso, no escribimos estas líneas desde una Cartago sudamericana amparada en Moloch y Baal, sino desde la Ciudad nombrada de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires, por las voces egregias de sus héroes fundadores.

El genocidio indígena

Se dice, finalmente, en consonancia con lo anterior, que la Conquista –caracterizada por el saqueo y el robo– produjo un genocidio aborígen, condenable en nombre de las sempiternas leyes de la humanidad que rigen los destinos de las naciones civilizadas.

Pero tales leyes, al parecer, no cuentan en dos casos a la hora de evaluar los crímenes masivos cometidos por los indios dominantes sobre los dominados, antes de la llegada de los españoles; ni a la hora de evaluar las purgas stalinistas o las iniciativas malthusianas de las potencias liberales. De ambos casos, el primero es realmente curioso. Porque es tan inocultable la

evidencia, que los mismos autores indigenistas no pueden callarla. Sólo en un día del año 1487 se sacrificaron 2.000 jóvenes inaugurando el gran templo azteca del que da cuenta el código indio *Telleriano-Remensis*. 250.000 víctimas anuales es el número que trae para el siglo xv Jan Gehorsam en su artículo «Hambre divina de los aztecas». Veinte mil, en sólo dos años de construcción de la gran pirámide de Huitzilopochtli, apunta Von Hagen, incontables los tragados por las llamadas guerras floridas y el canibalismo, según cuenta Halcro Ferguson, y hasta el mismísimo Jacques Soustelle reconoce que la hecatombe demográfica era tal que si no hubiesen llegado los españoles el holocausto hubiese sido inevitable.

Pero, ¿qué dicen estos constatadores inevitables de estadísticas mortuorias prehispánicas? Algo muy sencillo: se trataba de espíritus trascendentes que cumplían así con sus liturgias y ritos arcaicos. Son sacrificios de «una belleza bárbara» nos consolará Vaillant. «No debemos tratar de explicar esta actitud en términos morales», nos tranquiliza Von Hagen y el teólogo Enrique Dussel hará su lectura liberacionista y cósmica para que todos nos aggiornemos. Está claro: si matan los españoles son verdugos insaciables cebados en las Cruzadas y en la lucha contra el moro, si matan los indios, son dulces y sencillas ovejas lascasianas que expresaban la belleza bárbara de sus ritos telúricos. Si mata España es genocidio; si matan los indios se llama «amenaza de desequilibrio demográfico».

La verdad es que España no planeó ni ejecutó ningún plan genocida; el derrumbe de la población indígena –y que nadie niega– no está ligado a los enfrentamientos bélicos con los conquistadores, sino a una variedad de causas, entre las que sobresale la del contagio microbiano. La verdad es que la acusación homicida como causal de despoblación, no resiste las investigaciones serias de autores como Nicolás Sánchez Albornoz, José Luís Moreno, Ángel Rosemblat o Rolando Mellafé, que no pertenecen precisamente a escuelas hispanófilas.

La verdad es que «los indios de América», dice Pierre Chaunu, «no sucumbieron bajo los golpes de las espadas de acero de Toledo, sino bajo el choque microbiano y viral», la verdad –¡cuántas veces habrá que reiterarlo en estos tiempos!– es que se manejan cifras con una ligereza frívola, sin los análisis cualitativos básicos, ni los recaudos elementales de las disciplinas estadísticas ligadas a la historia.

La verdad incluso –para decirlo todo– es que hasta las mitas, los repartimientos y las encomiendas, lejos de ser causa de despoblación, son antídotos que se aplican para evitarla. Porque aquí no estamos negando que la demografía indígena padeció circunstancialmente una baja. Estamos negando, sí, y enfáticamente, que tal merma haya sido producida por un plan genocida.

Es más si se compara con la América anglosajona, donde los pocos indios que quedan no proceden de las zonas por ellos colonizadas –¿dónde están los indios de Nueva Inglaterra?– sino los habitantes de los territorios comprados a España o usurpados a Méjico. Ni despojo de territorios, ni sed de oro, ni matanzas en masa. Un encuentro providencial de dos mundos, aunque no con simetría axiológica. Encuentro en el que, al margen de todos los aspectos traumáticos que gusten recalcar, uno de esos mundos, el Viejo, gloriosamente encarnado por la Hispanidad, tuvo el enorme mérito de traerle al otro nociones que no conocía sobre la dignidad de la criatura hecha a imagen y semejanza del Creador. Esas nociones, patrimonio de la Cristiandad difundidas por sabios eminentes, no fueron letra muerta ni objeto de violación constante. Fueron el verdadero programa de vida, el genuino plan salvífico por el que la Hispanidad luchó en tres siglos largos de descubrimiento, evangelización y civilización abnegados.

Y si la espada, como quería Peguy, tuvo que ser muchas veces la que midió con sangre el espacio sobre el cual el arado pudiese después abrir el surco; y si la guerra justa tuvo que ser el preludio del canto de la paz, y el paso implacable de los guerreros de Cristo el doloroso medio

necesario para esparcir el Agua del Bautismo, no se hacía otra cosa más que ratificar lo que anunciaba el apóstol: sin efusión de sangre no hay redención ninguna.

La Hispanidad de Isabel y de Fernando, la del yugo y las flechas prefiguradas desde entonces para ser emblema de Cruzada, no llegó a estas tierras con el morbo del crimen y el sadismo del atropello. No se llegó para hacer víctimas, sino para ofrecernos, en medio de las peores idolatrías, a la Víctima Inmolada, que desde el trono de la Cruz reina sobre los pueblos de este lado y del otro del océano temible.

El Papa por Suramérica

Alberto Buela

Arkegueta, eterno comenzante

No hay duda que el Papa es argentino pues tiene el tupé de decir en cada lugar lo que la gente quiere escuchar, y así en Bolivia, enferma de indigenismo, pidió perdón por los crímenes que ocasionó la conquista y colonización de América¹ y al otro día en Asunción rindió loas a las reducciones jesuíticas del Paraguay como si éstas no hubieran formado parte de la colonización de América. Todo por el mismo precio y sin ponerse colorado.

Desde hace muchos años la Iglesia perdió su iniciativa con relación al mundo ya que dejó de marcar su compás. De esto se dieron cuenta ciertos buenos filósofos como Augusto del Noce o Romano Guardini que intentaron recuperar una especie de «modernidad católica» para que la Iglesia no quede al margen del mundo. Todo ello se intentó aun con mayor esfuerzo en el desastroso Vaticano II, pero el hecho cierto y bruto es que la Iglesia perdió el tren del mundo.

La consecuencia de ello es que siempre, al menos desde el Vaticano II, llega con atraso a proclamar todo aquello proclamado por la modernidad. Y así la Iglesia se va transformando en una «iglesia a la carta» o como dicen los norteamericanos un *catholic café*.

Así la tardía defensa de la democracia suena a remedo; la aceptación de mundo gay a parodia; el aborto en ciertos casos a concesión; la eutanasia a permisión científica; la nueva interpretación católica del Nuevo Testamento por el Antiguo a inversión judaizante; la anulación del celibato a pérdida de la ascesis católica que la distingue de los protestantes, en fin son todas llegadas con atraso a proclamar todo lo que la modernidad ha ya proclamado y que al mundo, por llevarlas a cabo, le ha ido como la mona en estos últimos doscientos años.

¿Y esta estratégica a quien sirve?

A la Iglesia no creemos, por aquello de «burro viejo no agarra trote», a la evangelización menos pues nadie se convierte a algo que no está definido ni se diferencia de aquello en donde uno está parado, a los adversarios tampoco, porque un Occidente sin Iglesia católica sería mucho más uniforme y homogéneo de lo que es ahora. Nos sumergiríamos en una especie de miasma cósmico de todo y todos por igual.

Esto que viene sucediendo dentro de la Iglesia solo beneficia al diablo y a sus hijos, que son los padres de la mentira y el simulacro. Son los reyes de la carnalidad y el resentimiento. Son los que no se conforman nunca con lo que tienen y siempre quieren más, a costa de todo y de todos. Son los que realmente explotan a los pobres que defiende Francisco, son en definitiva, los sostenedores concretos del mal en el mundo.

Bueno, ante esto Francisco no corta ni pincha, qué quieren: es argentino. No puede ni está en condiciones de recuperar la sacralidad de la Iglesia, lo que está ofreciendo es una sacralidad de

¹ No hay que olvidar que Francisco es gringo, esto es descendiente de italianos en Argentina y que como tal tiene un cierto rechazo a España y lo español, como lo tienen todos los gringos de nuestro país. Es algo típico y propio de ellos, ese pequeño resentimiento contra lo hispánico, ¿será porque se siguen sintiendo recién venidos a estas tierras? Vaya uno a saber. Pero nosotros lo tenemos comprobado mil veces y la reacción es siempre la misma. Obviamente que hay excepciones como la de Capón Netto.

sustitución o espuria como ocurre con las sectas, que no son otra cosa que religiones a la carta.

Mientras Francisco acuse de todos los males del mundo al capitalismo, al imperialismo internacional del dinero sin decir quienes son ni identificarlos, todo marcha sobre ruedas, total se refiere a un universal vacío, a una denuncia en el aire, pero en cuanto baja los pies a la tierra como en su encíclica *Laudatio si*, donde se opone, entre otras cosas, a la internacionalización del Amazonas o cuando reconoce al Estado Palestino, allí todo su mensaje es silenciado por los *mass media* internacionales. La voz de orden es: *no comment*.

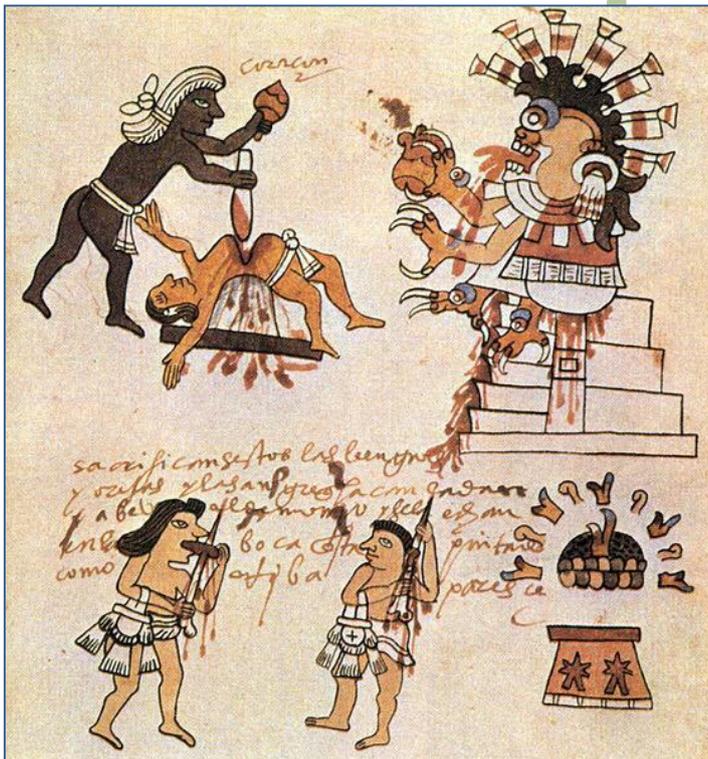
Y aztecas e incas ¿cuándo van a pedir perdón?

Luis Antequera

Pedir perdón es un ejercicio muy saludable, que además de mejorar la relación entre las personas, acostumbra a producir en el propio individuo que lo hace un relax, un confort difícilmente explicable y muy satisfactorio.

El Papa ha pedido perdón «no sólo por las ofensas de la propia Iglesia sino por los crímenes contra los pueblos originarios durante la llamada conquista de América». No es el primero que lo hace. El papa San Juan Pablo II cuya generosidad en el pedir perdón tuvimos ocasión de glosar en estas líneas, ya lo había hecho por lo menos una vez, el 22 de noviembre de 2001 en su exhortación apostólica postsinodal *Ecclasia in Oceania* por los abusos de los misioneros contra los pueblos indígenas.

Ahora bien, estas peticiones de perdón, como vemos incluso reincidentes, procedentes de determinadas



instancias e instituciones y no acompañadas nunca por las que deberían proceder de otras instancias e instituciones, –una consecuencia más de eso que en su día ya dimos en llamar la asimetría que impera en el discurso del s. XXI–, tienen un efecto perverso e indeseable, cual es el de distorsionar la historia hasta grados inadmisibles, reduciéndola a un relato infumable de agresores y de víctimas, de buenos y de malos, que no se corresponde con la verdad histórica.

El de la evangelización americana es un caso de libro. El *Manual de Historia para neoprogresistas*, también conocido como *Aprenda historia en menos tiempo que Zapatero economía* pone toda la carne en el asador para presentarnos una sociedad americana prehispánica idílica, mágica, paradisíaca, donde unos indígenas barbilampiños e inocentes, bondadosos hasta la ingenuidad, unidos en un común

interés de convivencia y bonhomía, ven de repente truncada su existencia por la irrupción en el paraíso construido con gran esfuerzo durante siglos, de unos extranjeros barbados y ambiciosos, malvados hasta el extremo, armados de unas espadas y con ellas, unas cruces que son, en realidad, la peor de las armas, porque no tienen otra finalidad que ocultar el filo de las espadas.

Pues bien, la realidad americana pre-evangelización, vale decir pre-hispánica, no es que sea peor que la realidad americana de la evangelización o hispánica... ¡es que es *infinitamente* peor! El grado de atrocidad y crueldad alcanzado por los indígenas americanos antes de 1492, y aún después mientras pudieron, halla escasos precedentes en la historia de la Humanidad.

Más allá de la rudimentarísima cultura de las distintas tribus americanas –sólo a modo de ejemplo, en ningún lugar de América se conocía la rueda, de leer y escribir ni hablamos–, las tribus americanas prehispánicas practicaban con inusitada afición la antropofagia, mientras los dioses americanos precristianos se alimentaban de la sangre no sólo de los prisioneros en tiempos de guerra, lo que ya estaría suficientemente mal, sino de la de las más hermosas doncellas de la propia tribu en tiempos de paz.

La belicosidad de las distintas comunidades americanas prehispánicas alcanzaba cotas inimaginadas, y la guerra no conocía leyes, culminando cada batalla en las peores carnicerías imaginables. A los efectos, no está de más recordar que junto al genio militar de los grandes generales españoles que fueron Cortés y Pizarro, ninguno de los dos habría podido realizar la gesta que inscribe su nombre en la historia de no haber sido por la ayuda, el primero, de los tlascaltecas, que alguna deuda pendiente se traían con los aztecas, y por la existencia previa a su llegada, el segundo, de una guerra civil entre dos hermanos.

Llegada la hora de pedir perdón, a lo mejor era oportuno que también los indios americanos se pidan perdón los unos a los otros por las terribles atrocidades que llevaban siglos cometiendo entre sí y que aún hoy seguirían cometiendo con toda seguridad de no ser por la llegada un buen día del año 1492 de unos barbudos personajes provenientes de allende. Y de paso, por el mucho mal que tantos de ellos infligieron a bienintencionados y voluntariosos misioneros, que sólo vieron en la aventura americana la oportunidad de ganar nuevas voluntades para Cristo mientras al mismo tiempo, enseñaban a un pueblo absolutamente primitivo y rudimentario las bases de la civilización que hace posible el bienestar y la convivencia y fundaban ciudades y universidades, muchos de los cuales acabaron crucificados, empalados, descuartizados, cuando no digeridos en los estómagos de los bonhomínicos y candorosos indígenas supuestamente incapaces de todo mal.

Podemos optar por esto, es decir, porque cada uno pida perdón por las faltas de sus supuestos ancestros... bueno, es una solución. Podemos optar también porque nadie pida perdón por las faltas que cometieron personas con las que solo nos une un árbol genealógico (y a veces ni eso) y nos dediquemos a aceptar la historia, a olvidar *las ofensas que hicieron otros que no somos nosotros* y a mirar para adelante. Personalmente, me gusta mucho más. Pero *que pidan perdón los de siempre y no lo pidan los de nunca*, esa no es la solución. Sólo agrava el problema... ¿si es que tal existe o no lo estamos creando a base de pedir tanto perdón!

Tomado de *Religión en Libertad*

El Papa Francisco y la beatificación de Stalin

Francisco José Soler Gil

En el año prodigioso de 1989, ocupando Juan Pablo II la cátedra de San Pedro en Roma, la humanidad pareció liberarse para siempre de la más espantosa pesadilla de su historia: el terror comunista. Atrás quedaba un número no inferior a los cien millones de víctimas: asesinadas en las cunetas, asesinadas en las checas, en los gulag, en las hambrunas científicamente programadas, en las deportaciones sin otro destino que la muerte en un vagón helado. Asesinadas sin juicio. Asesinadas sin defensa, sin escrúpulos, sin tasa.

Y no sólo la fantasía criminal del hombre había conocido en el comunismo su expresión más vigorosa. También el arte de amargar la vida de los (aún) no asesinados alcanzó en la plomiza sordidez de los edificios y ciudades comunistas un refinamiento nunca visto hasta entonces.

«¿Por qué tienen que morir las hojas allí donde vamos nosotros?». Esta pregunta de una escritora comunista, recogida en la autobiografía de Arthur Koestler, nos descubre en una línea la esencia venenosa de aquel movimiento. El *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn lo hace en varios cientos de páginas.

O eso pensábamos hasta ayer mismo. Porque ayer tuvimos el gusto de recibir una nueva iluminación del Papa Francisco. Esta vez en forma de visita al presidente boliviano Evo Morales, en la que aceptó gustoso la condecoración de la orden al mérito «padre Luis Espinal». Dicha orden, consistente en la

figura de un crucifijo sobre hoz y martillo, reproduce al parecer el «crucifijo» de tan benemérito «padre». Y por si acaso la medalla no fuera suficientemente grande, el obsequioso presidente le entregó al romano pontífice una réplica de la blasfemia en tamaño original, para que todo el mundo pudiera verlo.

Tiempo les faltó a los católicos de guardia para explicarnos que el Papa no sabía que esto iba a ocurrir, que había sido sorprendido por el presidente Morales, que incluso había reprobado el gesto con un «eso no está bien», que se le veía serio y disgustado, y yo qué sé más. Ay, ¡pobres católicos de guardia! Qué poco recorrido tienen sus interpretaciones en este pontificado. Pues no han pasado ni veinticuatro horas y ya tenemos al portavoz del Papa negando que Francisco reaccionara negativamente al regalo, y afirmando que esa cruz-hoz-y-martillo es realmente un símbolo de diálogo y libertad; un símbolo del empeño por la liberación y el progreso del país.

Por supuesto, la hoz y el martillo constituyen símbolos de libertad. ¿Cómo no habíamos reparado en ello antes? Quizás por no haber escuchado con la atención suficiente al Papa la otra noche, cuando nos explicaba que el cura marxista Espinal «predicó el evangelio y ese evangelio molestó, y por eso le eliminaron». Así de sencillo.

Mis queridos católicos de guardia: Se impone una rápida revisión de todo lo que pensabais creer sobre el comunismo. A partir de ahora, ya ha quedado claro que debéis creer justo lo contrario. Ánimo, y a desdecirse con prontitud, garbo y elegancia. Convendría, eso sí, que borréis cualquier sombra de duda sobre vuestra fidelidad al pensamiento pontificio. Y para ello, nada mejor que promover, desde ya, la beatificación de los líderes principales de ese movimiento de liberación y progreso. El más grande de todos fue Stalin, y el más liberador. De manera que os está faltando tiempo para pedir su elevación a los altares.

Ya de paso, y para evitar nuevos deslices, deberíais solicitar también la canonización de Moctezuma, el caníbal, el caudillo del pueblo de los sacrificios humanos, habida cuenta de que, en la misma tacada, el Papa Francisco ha pedido también perdón por los «crímenes contra los pueblos originarios» en la conquista de América.

San José Stalin, ejecutor, San Moctezuma, devorador, rogad por nosotros.

Tomado de *El Manifiesto*